

VII

CÓMO GILILLO, DESPUÉS DE VARIAS AVENTURAS QUE MERECIAN LA HORCA, INVENTÓ UNA ESTRATAGEMA Y DIÓ CON LA BLANCA ALINA.

Las caídas de las mujeres honradas son á veces de una rapidéz que deconcierta.

OCTAVE FEUILLET

La casa de labranza en que penetraron Pausole y su paje, mientras los cuarenta tulipanes daban guardia en la entrada, había sido construida por un arquitecto que quizá se sabía de memoria á Teócrito, pero que no se dejaba absorber por él.

Las construcciones y el suelo del patio estaban cubiertos de azulejos, y los rincones eran redondeados, de suerte que ni microbios ni bacilos, por diminutos que fueran, podían vivir ni procrear, por no encontrar una rendija en donde guarecerse; no así en tiempo de Klearista, cuando se atrevía ésta á pasar por sus

labios una flauta de Pan infectada de gérmenes patógenos.

El olor campestre del fenol y el perfume del sulfato de cobre se escapaban de los establos con el olor del heno recién segado. En el fondo del patio, bajo un alero metálico, unos treinta abrevaderos particulares recibían cada uno el agua de un filtro y esperaban los morros de un buey que también tenía su pila de baño particular, todo lo profiláctica posible.

— ¡ Ah, Señor, dónde hemos entrado! exclamó Gilillo con desesperación.

— En una fábrica de leche, de mantequilla y de pollos cebados, contestó Pausole. Me agrada su aspecto, y heme tranquilo respecto de la comida que nos espera. Esta casa de labor es exactamente la que construyeran los griegos, de haber sabido lo que sabemos. Está limpia y es geométrica.

La zebra se encabritó al sol.

— Además, continuó Pausole, los griegos tomaban mil precauciones que estamos inventando desde hace algún tiempo. He leído en los tratados de un médico de Éfeso que hacían hervir, enfriar y hervir de nuevo el agua que bebían. Sa-

bían que el agua de los ríos es la peor de todas, que los pozos son peligrosos en la vecindad de las termas, y que los comadrones deben lavarse las manos inmediatamente antes de sacar agua. Pequeño, lo que se entiende por « progreso » no es sino un regreso á los Helenos ó un desarrollo de sus principios. La casa de labor en que estamos está más cerca de ellos de lo que creemos. Aquí viene el amo.

Un hombre ya de edad acudía, con su sombrero de paja en la mano, emocionado, orgulloso, regocijado... Dejemos al lector el cuidado de encontrar todos los epítetos que describen á un anciano campesino recibiendo al Rey y á su pa e.

Himera y Macaria, cual monturas de las caballerizas reales, fueron conducidas á pesebres distinguidos. Pausole se apoyó familiarmente sobre el hombro de su súbdito, pues nunca sabía conservar las distancias, y Gilillo, muy alborotado, se interesó á las mozas de servicio.

Vinieron una, dos, siete, diez, doce; las feas, vestidas, pero las que eran guapas, sin traje alguno, á la moda de Trifema.

Gilillo distinguió á una de ellas que,

desnuda desde sus zuecos hasta un pañuelo que sujetaba su moño, parecía



muy á propósito para ocupar los ocios de un día de descanso.

Y, mientras el Rey Pausole, campechanote, preguntaba al anciano sus previsiones sobre la cosecha y el precio de

los cereales, el paje se acercó á la lechera, que por cierto le miraba con muy amable sonrisa.

— ¿Sabes ordeñar las vacas? le dijo.

— Es lo único que sé hacer, contestó la joven.

El timbre de su voz era vivo y caliente.

— Bueno, pues voy contigo, dijo Gil. Vamos á llenar un tazón de leche para Su Majestad que tiene sed, y otro para mí que, como buen cortesano, le imito.

Echó á andar delante la joven, con los senos en las manos.

El paje la seguía; llegaron á un establo que relucía como una cuadra de circo.

— ¿Cómo te llamas?

— Tirreta, Señor.

— Tirreta, tienes senos dorados como pellas de mantequilla fresca. Llévale al Rey la leche que quieras; mis labios sólo la tuya desean.

— No tengo, dijo la morena riéndose, y no hago nada para tenerla.

— ¿Que no tienes leche? Voy á ver si es verdad.

— Pruebe usted.

Hizo Gil la prueba, á derecha y á izquierda, con una insistencia que no

parecía desagradar. Mamaba ahuecando las mejillas, como un niño glotón, y los pezones se abultaron entre sus labios aspirantes; pero sin más resultado que determinar en la muchacha prolongados retemblores de placer que la empurpurraban toda.

— En efecto, no hay nada todavía. Me haces esperar. Acércate, y haré que puedas darme leche dentro de un año.

— Es mucho tardar si tiene usted sed. Beba usted ésta por de pronto.

Se sentó al lado de una vaca blanca, sopesó la piel suave y temblona de la ubre, y, estirando el carnosoz pezón entre el pulgar y los dos dedos, dardó oblicuamente el rayo blanco de la leche.

Gilillo se había quedado en su sitio, en espera de que volviera á él la moza; pero salió ésta con paso recto y lento, llevando en la mano, á la altura de su pecho, el tazón de porcelana en que temblaba el blanco y espeso líquido.

— Voy, dijo, á llevarle esto al Rey. Espérese, que pronto vuelvo.

No la esperó mucho tiempo el paje.

No bien hubo pasado la joven del fondo del obscuro establo á la plena luz de la puerta, en la que sus cabellos

negros tomaron tonos azules, salió el paje por la otra puerta de la sala. Recorrió pasillos claros, vestíbulos ventilados, depósitos que parecían exposiciones agrícolas y que se le antojaron dispuestos con sumo mal gusto.

Gilillo, que no sentía admiración particular por la paciente labor del hombre, y que trataba las cosas más graves con deplorable ligereza, resultaba intransigente respecto del decorado de las piezas en que se trabaja, así como de aquellas en que no se trabaja. Sobre esto, sus principios eran tanto más fijos cuanto que eran más recientes, y, si bien hallaba cierta gracia en lo imprevisto, nada le exasperaba tanto como lo « bien colocado », es decir, la sucesión simétrica.

Con celo muy activo, desarregló todo aquello que le fué posible mover. Amon-tonó herramientas, juntó artefactos destinados á tareas muy distintas, y, tratando el enladrillado suelo cual si fuera una tierra de labranza, lo hundió con un pico. Apareció el verdadero piso, que era de tierra rojiza.

— ¡ Lindo tono! exclamó Gilillo.

Retrocedió, guiñó los ojos, examinó de dónde venía la luz y qué sitios quedaban

en la somera: un segundo golpe de pico, dado hacia la mitad de la sala, descubrió más bermellón.

Así continuó, muy interesado por su trabajito, y durante más de un cuarto de hora se esforzó en modificar la decoración de la sala, sin tener para nada en cuenta las reglas de Owen Jones. Algunas guadañas arrancadas de su mango y colocadas de plano sobre el suelo con sobriedad, exactitud y equilibrio ornamental, esparcieron sus largas hojas azules, con lo cual el bermellón de la tierra adquirió tonos anaranjados. Líneas arborescentes de palos colocados punta á punta dieron á la composición una especie de solidez. Dos hoces, reunidas por las puntas y los mangos alrededor de una hoyada de color, impusieron al conjunto un centro artificial, un hogar de arcilla rojiza, al que hacía parangón, enfrente, otro hogar más pequeño, pero igualmente indispensable.

— ¡Hola, hola! exclamó, esto no está feo. Ahora ya se puede entrar aquí, cada objeto está en su sitio.

Luego, animado por aquella faena de veinte minutos, prosiguió su exploración por las demás dependencias.

Vió un frutero en donde se almacenaban fresas y frambuesas.

Entró.

— Buenos días, Señor, dijo una linda voz.

Y Gilillo vió, detrás de zarzos, la línea blanca de un cuerpo de mujer realzado por tonos rubios.

Acaso fuera ésta á mostrarse más tierna ó menos artificiosa que la joven Tirreta. No perdió tiempo Gil en preguntarle su nombre, ni siquiera en hacer con los higos, las bananas y las mandarinas fantasías decorativas.

Acercándose, declaró :

— Rosa, ó Liliana, ó Margarita, ó cualquiera que sea el nombre floral que lleve usted entre sus hermanas, si fuera yo el amo de esta finca, no querría más frutos que los de ese cuerpo aterciopelado como una ciruela. Deme sus naranjas, sus fresas, y ese corazón de granada que tan bien cerrado está.

Arrodillado ante una de sus lectoras, sin duda que buscara comparaciones más raras el joven poeta, si toda vez hay alguna inédita entre los frutos de la mujer y los de la tierra; pero la trifemesa á quien iban dirigidos tales galanteos no

había oído nunca nada que tan delicado le pareciera.

Se empurpuró su rostro y bajó la cabeza con sonrisa infantil, y, como su primer movimiento fué el de ir á cerrar la puerta, comprendió Gilillo que podía continuar su balada hasta el envío inclusive.

En pie, oprimió el hombro de la joven con su brazo izquierdo. Y con la mano derecha, cual si designara á espectadores invisibles una colección de horticultura, tocó primero la boca, la cual se convirtió en flor de melocotón; después los senos, que, según la imagen, resultaron dos melocotones firmes y carnosos; luego se aventuró en metáforas que acaso procedieran de Chénier, pero no seguramente de Lamartine.

La guardiana de las frambuesas escuchaba con sensualidad aquella poesía puramente oriental. Incapaz de imponer reparo alguno al deseo de un joven que tan ingenioso le parecía, se dejó conducir sin resistencia alguna hacia un canapé de jardín, quitó fruta que sobre él había, y tuvo á honra el dar generosamente lo que de ella se esperaba.

— ¿Cuándo volverá usted? suspiró la muchacha después de otros muchos suspiros.

Imperturbable, Gilillo contestó :

— Mañana. Esta noche. Pasado mañana.

Siempre.

— Pero tiene usted amigas...

— Ninguna.

— Las tendrá usted...

— ¡Jamás!

— Júremelo.

— Se lo juro.

Tranquilizada, le abrió de nuevo y con pleno abandono su corazón, y, ya más confiada, lo dejó marcharse.

El paje atravesó el patio.

Por las ventanas de la sala adonde habían conducido al Rey, vió á Pausole dormido al lado del amo de la finca, en un amplio sillón de cuero. Al querer dirigirse hacia otro lado, vió á Tirreta en pie, á la entrada del vestíbulo, á Tirreta que, con dedo amenazador, le prohibía acercarse; pero se le olvidaba no reirse.

— ¡No me siga usted! gritó la joven huyendo.

Gilillo acudió

* * *

Corriendo, subió una escalera, siguió un pasillo blanco, penetró en una pieza limpiísima y de paredes lisas como las demás.

La muchacha se guareció detrás de un toallero :

— ¡Atrevido, meterse así en mi cuarto!
¡Salga usted de aquí, ó llamo!

Gilillo, comediante, imitando la voz de una señora que por primera vez visita una de esas moradas especiales en donde los hombres, solteros ó no, reciben á sus amigas, y que en francés se llama « garçonnière », dijo :

— ¡Qué bonita habitación! ¡Qué lindas flores!

Y al decir esto tocaba con el dedo el papel pintado en que inverosímiles pensamientos pajizos inclinaban sus barbillas hendidas.

Hizo ella ademán de vestirse. La detuvo él con una mano, y quitándose con la otra la gorra adornada con una pluma, le dijo con amable cortesía :

— Bella Tirreta, la adoro á usted.

— ¿De veras?

— Demasiado. Me tiene usted loco.
¿No se me conoce en los ojos?

Vió ella en aquellos ojos cuanto quería ver, y, no obstante, preguntó :

— ¿Me amaré usted todavía mañana?

— Siempre.

— Siempre, es mucho tiempo. Diga algo menos para que le crea...

— Ochenta años.

— Menos aún.

— Setenta y nueve y medio... Le hablo á usted de todo corazón, Tirreta; si le ofrezco un amor de larga duración, es porque espero llegar á muy viejo, y que la amo para toda una vida.

Tirreta se dejó persuadir. Su indigno y delicioso amante comprendió desde el comienzo por qué se había ella negado durante una hora á tenderse y á abrir los brazos : era porque hasta entonces no había juzgado decente concederle á nadie semejante favor.

¿ Hacía bien en dejar que Gilillo fuera el primero en ocupar el sitio hasta entonces vacío? No lo duda el lector. Tirreta, no obstante, tenía sus dudas. Y si, aquella tarde de junio, se sintió de repente propicia á las caricias del hombre,

sintiendo flojedad en la cintura y dureza en los senos, fué porque en el secreto de su morada los sentidos habían vencido, sin lucha, toda su energía.

Á falta de fuerza moral, Tirreta mostró sucesivamente valor; luego pasión; después, celo. El conjunto de sus cualidades aventajaba con mucho al modesto nivel en que se mantuvo la joven de la sala de las frutas.

Primero, aceptó sin una queja las pruebas del encuentro inicial; hasta se adelantó á ellas con un vigor que prestó oportuno auxilio; y, poco á poco, entusiasmándose con la revelación que bruscamente acababa de penetrar en ella, Tirreta manifestó que bajo ningún pretexto toleraría tibieza ni flojedad, y que ni siquiera permitiría un ligero descanso. Gilillo, prisionero córtés, dió prueba de solidaridad.

No obstante, en el momento mismo en que buscaba ella en los ojos del joven la manifestación de un amor tan violento como el suyo propio, el pajecito, distraído, pensaba en otra cosa.

Decíase, no sin los debidos miramientos hacia su compañera, pero también no sin franqueza, que estaba perdiendo con

singular desahogo un tiempo precioso; que era, no sólo el paje favorito, sino el consejero del Rey Pausole; que en tal situación debía, ante todo, quebrantar y, si posible, anonadar la influencia de Taxis el nefasto; que no bastaba, para esto, con enviar á aquel hombre grave á seis kilómetros hacia atrás y hacerle muecas á su sombra, sino que era preciso obrar mientras él se enredaba en inútiles pesquisas, averiguar sin él lo que había que averiguar, dirigir los acontecimientos, y presentarle á su regreso, con cara y ademán afligido, lo irreparable.

Tiempo de sobra tuvieron sus reflexiones para llegar á feliz término y hasta para producir fruto bajo la forma de una idea ingeniosa, pues los juveniles ardores de Tirreta no medían los minutos ni la caída del crepúsculo.

La ingeniosa idea que acudió á su mente era una especie de stratagema, la cual le pareció al pronto algo compleja, algo frágil y un tanto violenta, pero que quizá podía dar buen resultado.

Así, pues, dijo con insinuación:

— Amor mío, te he amado desde que te vi, pero ahora no podría resolverme á

separarme de ti aunque sólo fuera por espacio de una mañana.

— ¡Oh no, no me deje usted!

— Sabes que soy paje del Rey. Mi traje me hace reconocer por todas partes. ¿Cómo salir de aquí y cómo ocultarme?... Escucha. Tú te vistes en invierno; ¿dónde está tu ropa?

— ¿Para qué?

— Dame una falda y una toquilla, un pañuelo para cubrir mis cortos cabellos, y el sombrero de paja de anchas alas que te pones para ir al campo. Dame también dos cántaros de leche para llevarlos á la mano, y déjame salir así. Esperaré fuera á que me hayan buscado por toda la alquería y á que el Rey se haya marchado sin mí; después volveré adonde quieras, y pasaremos juntos la noche.

— Muy bien pensado, dijo Tirreta. No podemos vernos aquí. Durante el día, el piso está vacío, y, hoy, nada tengo que hacer, puesto que está el Rey en la alquería; ¡pero si le encontraran á usted aquí esta noche!...

Se levantó.

— ¡Vístase pronto, pronto! Ya se ha puesto el sol.

La joven le ayudó, le puso la falda, ajustó mangas de tela fina sobre las del jubón, cruzó y ató la toquilla, ahuecándola por delante, enrolló el pañuelo de seda alrededor de la cabeza, fijó el amplio sombrero, y dijo :

— Ya está usted listo; los cántaros de la leche están en la primera pieza de la planta baja. Tome usted dos. Ya casi es de noche. Seguro que nadie ha de reconocerle á usted. Esta noche iré solita al olivar, á la derecha según se va á Palacio. ¿ Y usted ?

— Allí estaré.

— ¿ Todas las noches ?

— Todas.

— ¡ Ah qué hermoso me parece usted !

La muchacha se abrazó á él, y costole á Giglio mucho trabajo el aparentar una actitud lo bastante obtusa para no adivinar que aquel beso de despedida quería tener consecuencias.

* * *

Salió, bajó con piernas harto flojas una escalera que le pareció poco firme, y dió con el sitio en donde esperaba la

leche ordeñada aquella misma tarde, humeante aún y espumosa.

Se bajó, agarró el asa del primer cántaro, hizo un esfuerzo para levantarlo, crujió su hombro, pero no pudo conseguir levantar el cántaro con todo su peso de leche.

Un silogismo de la especie más sencilla y única que fuera capaz de comprender su cansado espíritu le demostró que, estando « uno » contenido en « dos », si no podía levantar un cántaro, menos podría llevar dos.

Muy sereno, y resuelto siempre á cortar por lo sano, inclinó el recipiente del lado de la puerta abierta, y sobre el piso azul oscuro derramó una vía láctea.

Vació del mismo modo el cántaro más vecino, y luego les puso las tapaderas, cuidando de que quedara espuma en las orillas y de que chorreara un poco por los lados. Hecho esto, levantó los cántaros vacíos con la soltura de un acróbata.

— Para lo que me propongo hacer con ellos, dijo, de sobra basta con la espuma de las orillas.

Se fué, impudente, hasta la ventana sin visillos por la cual había sorprendido

el sueño del Rey Pausole. El Rey seguía durmiendo, con la nariz algo más baja y la sotabarba algo más pronunciada.

Había cerrado la noche. En el Mediodía, á pesar de lo que afirma Voltaire, los días de verano son menos largos que detrás de los árboles de Auteuil. Aún no eran las ocho cuando Gilillo, disfrazado de campesina y llevando un cántaro de cada mano, pasó por entre los cuarenta guardias que seguían irguiendo bajo el pórtico sus tulipanes algo marchitos.

En el momento en que desembocaba en la carretera, Taxis, polvoriento y adusto, se cruzó con él.

— ¡ Señor, eh, señor, señor! gritó Gilillo.

Taxis no le reconoció, pues su voz estaba tan disfrazada como su traje y sus movimientos.

— ¿ Qué, qué quiere usted? contestó secamente el Eunuco Mayor.

— ¿ Es al Rey á quien usted busca?

— Eso no le importa á usted.

— Claro que no. Digo esto... porque, si es que usted viene en busca suya... como ya se ha vuelto á Palacio...

— ¿ Él?

— Y bien enfadado que estaba por no

estar usted aquí. Pero, esto, tampoco me importa. Buenas noches, señor. Buen tiempo para pasearse; pero hay que rezar para que vuelva á llover un poco.

Hizo Taxis un ademán que significaba:

« ¡ Qué contratiempo, qué contratiempo! »

Torció riendas al dócil Kosmón, y por segunda vez se alejó por la carretera.

Mientras, Gilillo, con paso igual y cándencioso, seguía la calle de la aldea. Sus brazos tenían la misma rigidez que si colgaran de cada uno veinte litros de leche. Costeaba las casas oscuras, evitaba los transeuntes, y, para añadir una señal decisiva á las de su nuevo traje, echaba el cuerpo hacia atrás como una joven que lleva las consecuencias de su desliz.

La posada del Gallo, en la que penetró, era una muy modesta posada, rodeada de un antiguo jardín. Se entraba en ella por la cocina, y, como era la hora de la comida, ni el ama ni las criadas tuvieron tiempo para examinarle.

Después del saludo de rúbrica al que apenas le contestaron, explicó con voz estúpida:

— Soy nueva en la alquería. Traigo

leche para la señorita y el caballero que están comiendo en su cuarto.

— Suba usted. En el primer piso. La



puerta de dos hojas, dijo una criada muy atareada.

— ¿La Señora de verde, no es eso? repitió el paje con calma.

— ¡Sí, mujer, sí! ¡Quítese de en medio! Gilillo arrojó un suspiro de alegría. Sus meditaciones en brazos de Tirreta no habían sido mal planeadas.

Entre las varias hipótesis que se ofrecían en medio de la duda, había acer-

tado con la verdadera : la blanca Alina, confiando en la apatía del Rey, no había salido de la posada en que pasara su primera noche amorosa. Sentado esto, no era menester ser un genio para adivinar que, no obstante, se ocultaba en la intimidad de su cuarto, que en él tomaba sus comidas en secreto, y que, en una posada á orillas de un camino, esta particularidad bastaba para singularizarla.

Ya llegaba á la escalera cuando le detuvo una de las mujeres, y, señalando á los cántaros le dijo :

— Supongo que no va usted á subir todo eso... hay ahí leche para veinticinco personas.

— No importa. Esto pesa poco. La señora tomará la leche que guste.

— Además, llega usted demasiado tarde. Hace diez minutos que han acabado de comer.

— Mejor que mejor. Será para por la noche.

Sin inmutarse subió la escalera con idéntico paso oscilante y pesado, dió con la puerta de dos hojas, chocó como por descuido uno con otro ambos cántaros, y gritó, llamando con el dedo :

— Señora, es para arreglar el cuarto.

VIII

EN QUE LA BLANCA ALINA TOMA SU
« TUB » Á ESO DE LAS CUATRO DE LA
TARDE.

Las doncellas de mi difunta madre, y algunas señoritas á quienes me permitían ver, tales fueron las profesoras de iniquidad que me enseñaban el mal en edad en que era yo incapaz de hacerlo.

El Triunfo del Celibato,
por una señorita de la
nobleza. — 1744.

En el bosque de olivos y de pinos rojos en que el sueño la había tendido, la blanca Alina durmió unas diez horas.

Al despertar, si no murmuró: « ¿Dónde estoy? » como una ingenua de un cuento de hadas, fué porque, tendida contra ella, silenciosa y apoyada sobre un codo, Mirabella la consideraba con ternura vigilante y ya casi conyugal.

— ¿Eres tú? dijo. ¿Y estamos solas?
¿Nadie ha dado con nosotras?... Buenos días, Mirabella. ¿Has dormido bien?

No, la bailarina no había cerrado los ojos. Acostumbrada á las noches sin sueño, había pasado aquella en la espera y abrasada de deseos. Durante la primera hora del día había estado de rodillas ante la cara de Lina para resguardarla de los rayos del sol. Pero, al cambiar la luz, y por haber tenido á bien un largo, opaco y negro ciprés el encargarse de tal cuidado, la bailarina se levantó para robar higos, y, cuando, por fin hubo la blanca Alina abandonado su último ensueño, ambas se repartieron lo poco de que disponían.

Pobre de veras fué el desayuno. Hasta á la sombra hacía calor. Por encima de setos de mirtos veíanse segadores azules en medio de los cereales de cobre, y transeuntes por la carretera.

— Ya ves, dijo Mirabella: no estamos solas, y no podemos quedarnos aquí. ¿Quieres andar hasta Trifema? Á dos leguas de aquí está la ciudad, poca cosa. Allí nos esconderemos mucho mejor que en un bosque.

Lina se colgó de su hombro, y echaron á andar por los prados. Un poco más lejos, fueles preciso atravesar la primera aldea. La calle estaba desierta y blanca.

Á mano derecha había una posada.

Su fachada recién pintada y pajiza, sus cenadores, su jardín, sus añosos árboles, tentaron en seguida á Mirabella.

Á aquella hora del día, los campesinos estaban en el campo. Nadie había cerca de la puerta abierta; si entraban vivamente, ningún testigo podría delatarlas. Tal fué cuando menos la razón, ó mejor dicho el endeble pretexto que con tanta rapidez le hizo obedecer á la prisa que manifestaban sus sentidos.

— Entremos aquí, dijo.

— Donde quieras.

Les dieron la mejor habitación. En seguida quiso Lina : un « tub » de los mayores, y una esponja nueva, y una cesta de cerezas, y chocolate, y un abanico, y hielo, mucho hielo, y agua caliente, mucha agua caliente.

Obtuvo cosas tan preciosas, y cerró con llave la puerta. Mirabella la seguía para abrazarla como sabía ella abrazar; pero cruzó Lina las manos, hizo un mohín, seguido de una sonrisa, y tomó una voz de niña que pide limosna, para explicar que hacía calor, que estaban

solas, que nadie les reñiría... : en fin, que bien podían lavarse juntas y ponerse « un poco en cueros ».

Á Mirabella se le puso carne de gallina.

La simplicidad de Lina la desconcertaba. Acostumbrada á todas las astucias del vicio urbano, á las resistencias que piden ser vencidas, á los cuerpos de vestido que van cediendo corchete á corchete, á las múltiples y cálidas faldas, á los pantalones hospitalarios, no comprendía la bailarina el estado de ánimo de aquella niña que pedía la desnudez como traje de juego, sin ninguna de las tradiciones de uso sobre los divanes.

Las personas que, sucesivamente, entre bastidores, en coches de punto, ó en habitaciones particulares, se habían propuesto formar, por medio de conversaciones íntimas, su joven alma sometida exclusivamente á aquellas influencias, de tales artimañas se habían valido, que Mirabella imaginaba á sus semejantes bajo dos aspectos siempre contrarios : las mujeres castas y las mujeres satánicas. De la extremada decencia á la perversidad, ningún término medio había en sus conceptos del carácter femenino. Y, como en temprana edad una tía suya necesitada

le había pedido que eligiera entre las virtudes y los vicios, había ella aprendido todos los vicios para distinguirse cuanto antes en una de las dos vías paralelas que á sus ojos representaban el porvenir moral de una joven guapa. Que hubiese un tercer camino, y que pudiera una mujer estar desnuda sin que por eso ardiera en sus ojos la llama de la lujuria de nuestros primitivos antepasados (como dicen los escritores cursis), Mirabella, como buena francesa y lectora de novelas de folletín, ni siquiera lo sospechaba en los albores de sus dieciocho años. Para ella, el gesto de la mujer era uniformemente la mímica de doble sentido de la Estatua Púdica ó Indicadora : quien no ocultaba, designaba; quien no prohibía, quería provocar.

Al escuchar á la blanca Alina y al ver su mirada tan pura, Mirabella se dijo simplemente :

— Estas son las costumbres de Trifema : ¡ pero qué país tan singular !

Fué ella la primera en despojarse de su ropa, con ademanes que, á turno, vacilaban ó se precipitaban. No se atrevió á sonreír; es más, sorprendida de su turbación, no supo qué hacer de sus

brazos cuando ya no le quedó nada que quitarse.

En pie, nerviosa, con las manos cruzadas sobre la nuca, retemblándole las piernas, flexible de cuerpo, mordíase el labio, doblaba su cuello móvil, y cambiaba constantemente de modo de mirar.

Mientras, sentada ante ella y con la barbilla sobre los dedos, estaba Lina acabando de ilustrarse con prodigioso interés.

Impaciente, Mirabella preguntó :

— ¿ Te gusto ?

— Te pareces,.. ¿ Quieres que te diga á quién? Á una estatua de Narciso que hay en el parque. Pero Narciso es un señor... Eres la primera joven á quien miro así; nunca he tenido amiga alguna, y sólo de lejos veo á las mujeres de papá... Te encuentro mucho más guapa que ellas.

En efecto, y aparte un simple detalle que no era necesario examinar á cada momento, podíase, en rigor, tomar á Mirabella por un adolescente. No sin motivo desempeñaba papeles de hombre. Tal era la ambigüedad de sus formas y de sus actitudes, que, para desempeñar papeles de galán joven con toda propiedad,

no necesitaba jubón ni calzones : bastaba con el tonelete.

Era alta, pero ligera, con flancos rectos y vientre plano. Sus piernas de bailarina ágil probaban su robustez con una mus-



culatura compleja y fina que se dibujaba en la superficie cuando la joven tersaba sus corvas. La primera mitad del cuerpo estaba menos desarrollada.

En la piel delicada y pálida del pecho, dos yemitas oscuras señalaban solas el sitio de los senos. Su pelo castaño oscuro, bucleado y corto, estaba dividido por

una raya en el lado derecho, y formaba abultado mechón sobre la frente.

Este género de belleza no es del todo el que inspira el lirismo de los poetas de la India; pero Mirabella, que leía poco los versos de Bhartrihari, se resultaba á sí misma singular y hasta « picante », según el estilo de los requiebros que solía oír después de las doce de la noche. No le ofuscó, pues, el oír á su nueva amiga declarar, después de otras muchas, que parecía un muchacho. Como tan corta frase le recordara sus habituales costumbres, acudió, ligera, á sentarse sobre las rodillas de la blanca Alina.

No se había ésta quitado su vestido verde. Quiso Mirabella desnudar ella misma á su amiga, y aquella lenta tarea fué entrecortada de ternuras que á Lina le parecieron sumamente delicadas, sin, no obstante, atreverse á devolverlas.

Muy alegre, tiró al aire sus medias, se acurrucó á modo de sastre en el agua flotante y clara del « tub », y se estremeció de placer, con lindos movimientos de los riñones.

Pero, bruscamente, asaltada de nuevo por una duda, apoyó su mano sobre la esponja, y preguntó, alzando la cabeza :